

*Hechos y teoría en Historia (Antigua): Cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación**

G. BRAVO CASTANEDA

PRIMERA CUESTION: ¿TEORÍA Y/O PRAXIS?

Cada época, cada sociedad histórica, cada individuo, incluso, tiene una particular idea de «su» historia, pero sólo algunas de estas ideas llegan a unificarse en un *corpus* de doctrina que permita asumir como propios los múltiples «modos» de entender la historia. Esta base conceptual común —*teoría*— se aplica al conocimiento de la realidad histórica —*hechos*— conforme a un patrón de investigación —*modelo*— que englobe las diversas teorías interpretativas realizadas en el curso de la investigación histórica —*praxis*—, desde el momento en que el historiador acota el campo o materia de su investigación hasta que ésta se expresa en un determinado «modo» de escribir la historia —*historiografía*.

Uno de los objetivos de este trabajo es precisamente demostrar cómo el complicado panorama historiográfico actual impone marcos definicionales demasiado rígidos (ortodoxias, cánones), que hacen irrelevante e incluso en ocasiones arbitraria toda tentativa de adscribir investigaciones concretas de carácter ecléctico a una determinada historiografía-tipo, definida en términos conceptuales, objetuales y metodológicos. En tales casos, sin embargo, resulta útil distinguir entre «historiografía» como movimiento, tendencia o corriente de pensamiento histórico y «history-writing» o expresión plural de

* El texto-base de este artículo corresponde a una conferencia pronunciada en la Universidad de Santander el 30 de noviembre de 1984. El texto original ha sido ligeramente aumentado, sobre todo en el aparato crítico, aunque permanece la intención inicial: que los *materiales* aquí recogidos sirvieran también como *elementos de teoría* para los estudiantes de la especialidad de Historia Antigua; de ahí que las referencias bibliográficas, a menudo aclaratorias u orientativas y la mayoría asequibles también en otras lenguas, hayan sido citadas por ediciones castellanas recientes, siempre que ello ha sido posible.

dicha concepción histórica en la práctica intelectual, en el estudio de la historia¹.

I. Para una fenomenología de la investigación histórica:

1. *¿Historia o historiadores?*

Afortunadamente hace ya algún tiempo que la historia (antigua) ha dejado de ser oficio de anticuaristas, simple compilación de datos, pura erudición o mera descripción de secuencias factuales cronológicamente ordenadas². La clave de esta visión histórica acumulativa de restos, datos o hechos del pasado radicaba en establecer una cadena de relaciones «causa-efecto» que condujera a un fin no determinado, algo similar a una «ley natural» de la historia. Pero la base de esta concepción histórica era esencialmente pragmática: los hechos hablan por sí mismos; no es preciso interpretar los datos sino ordenarlos cronológicamente para que revelen su propio significado; es preciso que el historiador domine las técnicas de aprovechamiento de documentos. En ello veía Ranke, a mediados del siglo pasado, «la suprema ley de la historiografía»³.

Sin duda no es un hecho fortuito que el «positivismo»⁴ del XIX y de las primeras décadas del XX estuviera dominado por especialistas en el conocimiento histórico de la Antigüedad. Los nombres de Niebuhr, Mommsen, Droysen, Meyer (en Alemania), Fustel de Coulanges (en Francia), J. Bury (en Inglaterra), por citar solamente las figuras más representativas⁵, son bien conocidos por cualquier interesado en la historia de la historiografía a la vez que sus obras, verdaderos compendios de materiales, constituyen todavía hoy una referencia obligada en las investigaciones históricas sobre la Antigüedad;

¹ Esta distinción ha sido de gran utilidad en el análisis historiográfico reciente: R. Johnson *et alii*, *Making Histories. Studies in history-writing and politics*, Birmingham, 1982.

² A. Momigliano, «Ancient History and the Antiquarian», en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1955, pp. 67-106; Id., *Studies in Historiography*, London, 1966; en general, B. Croce, *Teoría e Historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1955, pp. 215 ss.; R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, México, 1972, pp. 125 ss.; G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, 1974, pp. 214 ss.

³ *Historische Zeitschrift*, 1859; cf. W. H. Burston-D. Thompson (eds.), *Studies in the Nature and Teaching of History*, New York, 1967, p. 1; en general la obra básica sigue siendo C. V. Langlois-C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, 1972.

⁴ El término «positivismo» como otros -ismos similares o sus derivados no son utilizados aquí en cuanto concepciones filosóficas o especulativas sino en su acepción práctica, como marcos que engloban las distintas realizaciones de las «teorías» históricas. No obstante esta actitud práctica ante la historia remite siempre a una «Weltanschauung» particular. Como el conocimiento —también el histórico— está regido por «criterios e intereses» resultaría anacrónica una concepción de la historia en términos especulativos o contemplativos e incluso, a la inversa, puramente objetivistas o asépticos; cf. K. G. Faber, *Theorie der Geschichtswissenschaft*, München, 1974, pp. 183 ss.

⁵ Un panorama general, mediante estudios individuales, de la historiografía moderna sobre la Antigüedad se obtiene de K. Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeff*, Darmstadt, 1972; una breve introducción en J. M. Roldán, *Introducción a la Historia Antigua*, Madrid, 1975, pp. 33 ss.

pero como es lógico, dado el avance permanente de la ciencia histórica, no siempre para corroborar sus resultados sino con frecuencia para cuestionarlos o rechazarlos. De la reacción contra el positivismo surgió la corriente historicista⁶. Croce, el filósofo idealista italiano, acuñó un tópico que hizo fortuna: «toda historia es historia contemporánea»⁷, un tópico que, como es sabido, no era ajeno a la idea que los historiadores de la Antigüedad Clásica tenían de su historia⁸, pero tampoco a la historiografía decimonónica sobre el mundo antiguo. Un siglo antes que Croce, Niebuhr había propuesto explícitamente «escribir la historia (de Roma) como si fuera el presente»⁹, pragmatismo que Mommsen elevó después a cotas raramente alcanzadas.

Pero no siempre la información fragmentaria de las fuentes permitía establecer con certidumbre la relación causa-efecto (C-E) buscada. El avance historiográfico introdujo nuevas exigencias en esta relación causativa de hechos. Se hizo preciso también determinar en el análisis qué elemento era imprescindible para explicar E como efecto de C; demostrar que esa *condición* es no sólo *necesaria* —es decir, sin la cual no sería posible— sino también *suficiente* —sin la cual no sería E— es todavía un reto para la historia-ciencia¹⁰. Explicar cómo un conjunto de condiciones de un momento histórico dado «A» conduce a un momento «B» y no a «C» o a «D» implica introducir en el mecanismo epistemológico la categoría de *necesidad* histórica¹¹, sin que ello signifique, como erróneamente se cree, la adscripción a una concepción determinista de la historia¹² sino en todo caso a una concepción

⁶ Para el historicismo pre-XIX, F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*, Madrid, 1983; en general, E. Nicol, *Historicismo y existencialismo*, México, 1981, sobre todo, pp. 301 ss, sobre Dilthey; M. Cruz, *El historicismo. Ciencia social y filosofía*, Barcelona, 1981; la crítica de las teorías antinaturalistas y pronaturalistas del historicismo en el muy controvertido libro de K. R. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, 1973; para una definición de esta corriente: B. Fraenkel, «Historicismo», en *Althusser, método histórico e historicismo*, Barcelona, 1972, pp. 25 ss.; A. Momigliano, «Historicism revisited», *Sesto Contributo... Storia de la storiografia e metodo storico*, Roma, 1980, pp. 23 ss.

⁷ La tesis de *contemporaneidad* de toda historia, remota o próxima, fue el concepto desarrollado por B. Croce (1916) en su obra *Teoría e historia... La proposición de Croce que ha pasado como tópico a la historiografía es: «la verdadera historia es historia contemporánea»* (p. 12); también, pp. 41 ss., 262.

⁸ Cf., p. ej., Collingwood, *op. cit.*, pp. 37 ss.; *infra* n. 70.

⁹ G. W. Bowersock, *History and Theory* 23 (1984), pp. 370 ss. (cit. p. 371 y n. 2), recensión de K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München, 1982.

¹⁰ En general, E. Nagel, *La estructura de la ciencia*, Buenos Aires, 1981, pp. 502 ss.; C. G. Hempel, «La explicación en la ciencia y en la historia», en *Teoría de la historia*, México, 1981, pp. 31-64; A. Heller, *Teoría de la historia*, Barcelona, 1982, pp. 149 ss.; una ejemplificación formal de este tipo de razonamientos: G. H. von Wright, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1979, pp. 121 ss., 161 ss; las condiciones de validez lógica de las fórmulas explicativas utilizadas por los historiadores, M. White, *Foundations of historical Knowledge*, New York, 1965, pp. 56 ss.; sobre causalidad histórica: W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, México, 1978, pp. 230 ss.; R. F. Atkinson, *Knowledge and Explanation in History*, London, 1978, pp. 104 ss., 145 ss.; G. Bravo, «Los niveles de reconstrucción histórica: imagen, descripción, explicación», *II Congreso de Teoría y Metodología de la ciencia*, Oviedo, 1984, pp. 543 ss.

¹¹ Cf. I. Berlin, *Libertad y necesidad en la historia*, Madrid, 1974.

¹² Como es sabido, los historiadores marxistas consideran como prototipo de obra histórica el XVIII Brumario de Luis Bonaparte [1852] de K. Marx; la razón de este *exemplum* es que Marx demostraba allí que las luchas políticas en Francia desde la revolución de 1848 no dejaban otra alternativa que el golpe de estado de Napoleón III (cf. ahora R. Johnson, «Reading for the best

«determinada» por la historia misma, que exige la inclusión de un cierto «orden» y «jerarquización» de los hechos y teorías interpretativas propuestas¹³ a fin de hacer inteligible la evolución de los procesos históricos¹⁴.

Satisfecho o no con este tipo de proposiciones, innovaciones o verificaciones, es inevitable que el historiador exprese alguna vez, como autocrítica, la opinión que le merece su propio trabajo, puesto que la crítica historiográfica que él realiza habitualmente se expresa como la opinión que tiene del trabajo de los demás y de sus resultados¹⁵. Pero naturalmente ésta no debe ser una opinión arbitraria sino la argumentación de un criterio fundamentado en el conocimiento y objetivado por una actitud crítica capaz de discernir, por así decirlo, entre creencia y ciencia. Para aclarar esta aparente paradoja parece conveniente iniciar el análisis mediante una aproximación fenomenológica¹⁶ a la problemática de la investigación histórica¹⁷; de ahí también la forma «discusiva» en que ha sido finalmente expuesto¹⁸.

Una parte cada vez mayor de la producción historiográfica versa sobre los «modos» de entender/hacer/escribir la historia¹⁹. Que esta problemática tenga o no interés histórico depende ante todo de la capacidad del historiador

Marx: history-writing and historical abstraction», en *Making Histories...*, pp. 153 ss. (especialmente, 187), y C. Yturbe, *La explicación en historia*, México, 1981, pp. 48 ss.); precisiones sobre el sentido del determinismo en las ciencias humanas, G. H. von Wright, «El determinismo y el estudio del hombre», en *Teoría de la historia*, México, 1981, pp. 65 ss., y en la historia, Id., *op. cit.*, pp. 187 ss.

¹³ V. Gordon Childe, *Teoría de la historia*, Buenos Aires, 1976, pp. 16 ss., 74 ss. Para jerarquías conceptuales aplicadas a la ciencia es útil L. W. White *et alii*, *Las estructuras jerárquicas*, Madrid, 1973.

¹⁴ La comprensión de los procesos históricos es una de las claves de la historia: A. Momigliano, «Le regole del giuoco nello studio della storia antica», *Sesto contributo...*, p. 18; pero dada su distinta naturaleza, «hechos» y «procesos» exigirían un tratamiento diferente en el análisis histórico: R. F. Berkhofer, *A behavioral Approach to historical Analysis*, New York, 1969, pp. 243 ss.; cf. ahora la conceptualización marxista de «proceso», en J. Topolski, *Storiografia contemporanea*, Roma, 1981, pp. 134 ss.

¹⁵ La crítica sistemática de teorías es una función primordial de la historiografía: A. Heller, *op. cit.*, p. 132 ss.; incluso A. Momigliano, «Historicism...», pp. 31-32, sostiene que el propósito de la historia de la historiografía es la crítica: «discriminar entre verdad y falsedad»; una publicación reciente en tono desenfadado y desmitificador del oficio de historiador es la de J. C. Bermejo, *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, 1983.

¹⁶ En el sentido instrumental que este término tiene en la teoría de la ciencia: método de análisis de la situación del individuo —en este caso el historiador— respecto del medio en que éste aplica los resultados de su experiencia —en este caso historiográfica—, cf. H. Seiffert, *Einführung in die Wissenschaftstheorie. 2. Geisteswissenschaftliche Methoden: Phänomenologie Hermeneutik und historische Methode, Dialektik*, München, 1970, pp. 26 ss.

¹⁷ Una introducción útil es la de C. F. S. Cardoso, *Introducción al trabajo de investigación histórica*, Barcelona, 1981.

¹⁸ Droysen distinguía cuatro tipos de exposiciones históricas: investigante, narrativa, didáctica y «discusiva», siendo esta última «una de las palancas más eficaces» de la historia (J. G. Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología histórica*, Barcelona, 1983, p. 383).

¹⁹ Los prototipos de estos distintos «modos» son obras relativamente recientes como H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968; los intentos renovadores de la escuela francesa: J. Le Goff-P. Nora (eds.), *Hacer la Historia. I. Nuevos problemas*, Barcelona, 1978; II. *Nuevos enfoques*, Barcelona, 1979; y el ensayo desmitificador de P. Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1972 (cf. la crítica exhaustiva de A. Carandini, «Una "storia" contro Marx», *Dialoghi di Archeologia*, 1973, 2-3, pp. 364 ss.).

para mostrar el nexo analítico entre hechos y teoría. Establecer esta relación no es sólo compromiso de las concepciones históricas que, como el marxismo, utilizan el análisis histórico de los hechos para «verificar» los enunciados de la teoría sino también de aquellas que recurren a la teoría para «validar» sus resultados históricos²⁰.

El éxito de la fecunda idea constructivista según la cual la historia es un «faire» presenta dos variantes historiográficas, próximas en cuanto al «objeto» pero opuestas en los principios que basan sus metodologías. De una parte, la concepción marxista está dominada en la historiografía por el elemento objetivo de la investigación como agente real de los procesos históricos: «los hombres hacen su propia historia» se opone a concepciones providencialistas e idealistas —separación de ser y conciencia— de la evolución histórica, pero no implica la escisión entre el hombre como individuo —en sociedad— y sus condiciones materiales de existencia sino precisamente la superación de la dicotomía histórica innecesaria entre sujeto y objeto de la historia²¹. De otra parte, en la concepción del «objeto social» del «grupo» de Annales prevalece sin embargo la idea expuesta por L. Febvre hacia mediados de este siglo: «Il n'y a pas le Passé qui engendre l'Histoire. Il y a des historiens qui font naître l'Histoire. Il n'y a pas l'Histoire. Il y a des historiens»²², es decir, el elemento subjetivo —el historiador— de la investigación es el verdadero artífice de los procesos históricos.

Entre ambas interpretaciones rígidas la historiografía reciente ha intentado establecer «puentes» que contribuyeran a relativizar dichas posiciones²³ e incluso a, vaciarlas de su contenido teórico originario²⁴. En la práctica historiográfica está aproximación debería traducirse en una tarea plural e integradora de los «avances» históricos asumiendo los resultados positivos respectivos, con independencia de los «modos» de entender/hacer/escribir la

²⁰ Esta idea preside la obra colectiva encabezada por G. E. M. de Ste. Croix, *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid, 1981 (cf. *infra*, n. 27).

²¹ A. Heller, *op. cit.*, p. 147; una oposición superada: N. Gagnon-J. Hamelin, *L'homme historien*, París, 1979, pp. 19 ss. Una actualización de esta problemática desde el enfoque de la filosofía de la historia en C. Pereyra, *El sujeto de la historia*, Madrid, 1984, pp. 9-93.

²² L. Febvre en el prólogo a la obra de Ch. Moraze, *Trois Essais sur histoire et culture*, París, 1948, p. VII; pero la «construcción» de la historia y el historiador como «arquitecto» es idea de M. Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien*, París, 1967 (cf. J. Topolski, *op. cit.*, pp. 185 ss.); las concepciones de la historia del «grupo» de Annales tiene ahora un estudio lúcido y exhaustivo en la tesis de H. Coutau-Begarie, *Le Fenomene «Nouvelle Histoire». Strategie et ideologie des nouveaux historiens*, París, 1983.

²³ De un lado, «la historia se hace con documentos»: H. I. Marrou, «Comment comprendre le métier de l'historien», en Ch. Samaran (ed.), *L'Histoire et ses Methodes*, París, 1961, pp. 1511 ss.; en 1963, F. Braudel (*Annales*, p. 103) proponía limar asperezas con los marxistas reconociendo la utilidad de su análisis, pero exigiendo a su vez el reconocimiento de dos problemáticas «sociales», que debían tender a unificar sus resultados históricos. De otro lado, «la historia está inacabada»: P. Vilar, *Historia marxista, historia en construcción*, Barcelona, 1974.

²⁴ Dos ejemplos de este tipo de crítica: J. Fontana, «Ascenso y decadencia de la escuela de los Annales», en E. Balibar et alii, *Hacia una nueva historia*, Madrid, 1976, pp. 109-127; y G. Pereira, «Pierre Vilar y el análisis histórico», *Revista mensual*, enero, 1981, pp. 16 ss. (a propósito de los capítulos referentes al concepto de Historia de P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1980).

historia. Sin embargo ésta es todavía hoy una aspiración razonable más que una realidad.

2. Actitudes ante lo histórico y reacciones ante la historia-ciencia

De un lado, los historiadores positivistas en general siguen anclados en posiciones unicistas próximas a la conclusión de E. Meyer a comienzos de este siglo en un ensayo crítico sobre teoría y metodología de la historia: «... por mucho que se intente dar a la historia otro contenido y asignarle otras funciones, y por mucho también que el objeto material del interés histórico pueda desplazarse en el curso del tiempo, sigue existiendo, hoy como antes, un solo modo de escribir la historia y de tratar los problemas históricos»²⁵. La crítica de Meyer allí iba contra las teorías de Lamprecht y Weber y las nuevas concepciones económicas y sociológicas que pretendían reducir la esencia de lo histórico a lo social²⁶; hoy todavía se adivina la sombra de Marx y su pretensión de «verificar» en la historia una teoría social.

De otro lado, los historiadores marxistas o al menos aquellos que se reclaman ortodoxos no son más comprensivos. El «modo» en que entienden la teoría e incluso el objeto y método de la historia, en términos del materialismo histórico, adopta en ocasiones una actitud intransigente con las aproximaciones a la verdad y en cierto sentido exclusivista respecto de su posesión²⁷.

Por otra parte los historiadores tienden a distinguir netamente la investigación histórica de la que no lo es. «Si no hay documentos, no hay historia»²⁸, dice Momigliano. Pero Finley va aún más lejos calificando autocriticamente de «no histórico» sino «metodológico» su tema de investigación²⁹. Y algo similar podría decirse de lo teórico respecto de lo histórico. Alföldy utiliza una cita de Weber para recordarnos que «nada hay más

²⁵ Texto de los *Kleine Schriften* (1910) de E. Meyer, *El historiador y la Historia Antigua. Estudios sobre teoría de la historia y la historia económica y política de la Antigüedad*, México-Buenos Aires, 1955, pp. 52-53.

²⁶ Cf. G. Roth-W. Schluchter, *Max Weber's Vision of history. Ethic and Methods*, Berkeley, 1979, pp. 195 ss.

²⁷ A pesar de la indudable apertura de pensamiento de algunos historiadores marxistas como P. Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, 1979, y E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Madrid, 1981, el exclusivismo se manifiesta explícitamente: P. Levêque, «Problemas teóricos de la historia y sociedades antiguas», en *La historia hoy*, Barcelona, 1976: «sólo el método marxista permite realizar, más allá de las apariencias, un análisis total» en historia (p. 104); este tono general está presente en las contribuciones marxistas recientes sobre el mundo antiguo: en *El Marxismo y los estudios clásicos*, cit. p. 18, G. E. M. de Ste. Croix viene a decir que «el análisis marxista de la sociedad antigua sólo es posible bajo el concepto de clase económica» (cf. D. Plácido, *Gerión*, I, 1983, p. 340), pero *cfr.* con *infra*, n. 32; en *Analisi marxista e società antiche*, L. Capogrossi et alii (eds.), Roma, 1978 (pero *cf.* L. Canfora, «Antiquisants et marxisme», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 1981, pp. 429 ss.).

²⁸ A. Momigliano, «Le regole...», p. 15.

²⁹ M. I. Finley, «Las generalizaciones en la Historia Antigua», en *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, p. 91.

peligroso que... la mezcla de teoría e historia»³⁰. Pero es evidente que Momigliano, en el texto referido, no precisa utilizar documento alguno mientras que Finley se refiere a ellos con frecuencia y Alföldy, que no remite a documentos al tratar «hechos historiográficos» —esto es, teorías interpretativas— acaba proponiendo un «modelo» («adecuado al objeto»)»³¹. No obstante nadie dudaría que: la investigación teórica de Momigliano es una parte más de su obra historiográfica en cuanto teoría sobre la praxis, sobre los diferentes «modos» de entender/escribir la historia (antigua); que las reflexiones metodológicas de Finley plantean problemas históricos generales; que la propuesta pragmática de Alföldy no sería eficaz fuera del ámbito de la Historia Antigua. El propio Momigliano ha resuelto con agudeza esta aparente paradoja cuando comparando recientes reflexiones de algunos «autores» marxistas contra Finley aclara: «The authors explain how they would like to write on Marxist lines... Finley never explains how he would like to proceed. He does it»³². Todo ello revela cuán arriesgado resulta calificar con etiquetas definitorias los «modos» de entender la teoría y/o la praxis histórica. Aun cuando las afirmaciones taxativas en este sentido, como es el caso, estén avaladas por una larga experiencia y un reconocido prestigio en el mundo de la investigación histórica sobre la Antigüedad, dos objeciones mínimas parecen lícitas contra una conceptualización tan rígida de lo histórico: 1) que la frontera entre los campos analíticos de lo histórico es cada vez más difusa, como lo es también en el panorama general de las ciencias; por tanto, las diferencias no semánticas entre lo teórico y lo histórico, de un lado, y lo metodológico y lo histórico, de otro lado, no son aislables en la práctica; 2) que en historiografía no cabe una posición teórica pura ante los «modos» de hacer, puesto que la reflexión o la crítica histórica se basa necesariamente en lo ya hecho «como es», aunque naturalmente esta opinión fundamentada propenda con facilidad a expresarse en el terreno del «como debe hacerse»³³. En definitiva el mundo de la investigación histórica

³⁰ G. Alföldy, «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión* I, 1983, p. 52.

³¹ Cf. *infra*, n. 80. Sin duda que el artículo de Alföldy es una contribución importante a la problemática teórica de la Historia Antigua, pero puesto que nuestro análisis del modelo/patrón de investigación versará básicamente sobre ella (*apdos.* III y IV), queremos advertir de que algunos términos o expresiones del texto traducido al castellano no corresponden *stricto sensu* al significado que se les suele asignar en teoría de la historia y podrían inducir a un cierto confucionismo en algunos casos concretos, por ejemplo, los siguientes: «objeto» (p. 41) por materia de investigación (pero cf. *infra*, n. 43); «planteamiento» (p. 41) por método (diferenciados sin embargo en p. 45, pero cf. *apdo.* II, n. 67); «verificar» (p. 45) por comprobar (pero cf. *apdo.* IV, n. 88); «nuevos conocimientos» (p. 42) por nuevas informaciones (contra pp. 48 y 53, cuyo uso es riguroso, pero cf. *apdo.* IV, n. 88); «metodología» (p. 49) por método (pero cf. *apdo.* III, n. 67). Cabe no obstante pensar que ésta no sea sino «nuestra» interpretación del texto, pero en todo caso rigurosa, e incluso que su uso sea coherente con un particular concepto de Historia Antigua y «modo» de entender/hacer/escribir en la investigación histórica de la Antigüedad. Pero eso es precisamente lo que intentamos demostrar en general a lo largo de este trabajo; la matización, por tanto, será discutible, pero nunca superflua en historia (antigua).

³² Momigliano, *Sesto Contributo...*, p. 316. Los «autores» aludidos en el texto son el grupo de *Arethusa*, 1975; *El marxismo y los estudios...* cit.

³³ Cf. en este sentido: S. W. F. Holloway, «History and Sociology: What History is and what

es demasiado complejo para estratificarlo en categorías definicionales que ubiquen en su lugar a cada historiador por sus «history-writings», pero tampoco a los tipos de historiadores-historiografía. Hay ciertamente historiadores de «tijeras y engrudo», según la irónica y expresiva descripción de Collingwood³⁴; hay historiadores que a la manera de M. Bloch «hacen» pacientemente la historia³⁵. Pero hay muchos otros «tipos» entre los que se incluye sin duda el de aquellos historiadores que practican un conocimiento histórico reflexivo y que pretenden trasladar al mundo de la praxis, de su experiencia particular en la investigación histórica, su posición reflexiva ante la teoría, ante la explicación y comprensión de la historia.

Excesivamente apegado a sus métodos particulares de trabajo³⁶, el historiador no siempre consigue discernir entre el elemento objetivo y el subjetivo que concurren en el proceso de investigación. Dicho de otra forma, su experiencia de «cómo se hace» la investigación histórica se asimila a menudo a su criterio personal de «como debe hacerse» apelando, en este último caso, al principio de autoridad. En la práctica esta actitud se traduce en la propuesta de un modelo/patrón que propicie el desarrollo de una determinada línea de investigación³⁷. La primera proposición expresa en realidad una convicción que todo historiador con una cierta experiencia en el mundo de la investigación estaría legitimado e incluso obligado a explicitar, porque sin conocer con detalle las vicisitudes de su trayectoria epistemológica resulta difícil, si no arbitrario, ser objetivo al intentar corroborar o rechazar los resultados de su investigación. La segunda proposición, en cambio, es tan sólo un *desideratum* que habrá de someterse a la contrastación con otros principios o criterios: coherencia/apriorismo; validez/utilidad; eficacia/imparcialidad.

Quizá más que cualquier otra disciplina, la historia, a la que durante tanto tiempo se le ha discutido su estatuto, precisa, en un momento dado de su desarrollo, recibir el *placet* de los científicos³⁸. Pero no siempre el dictamen de la ciencia es bien acogido por los historiadores de oficio. En

it ought to be», en Burston-Thompson (eds.), *Studies in the Nature...*, pp. 1-25; A. L. Stinchcombe, «What Theory in history should be and do», en *Theoretical Methods in Social history*, New York, 1978, pp. 1-25.

³⁴ Collingwood, *op. cit.*, pp. 255 ss. La idea de Collingwood de oponer éstos a los «historiadores científicos» se concreta en la actualidad en dos actitudes diferentes de los historiadores respecto a la historia-ciencia.

³⁵ Cf. nn. 22 y 36.

³⁶ Dos formas completamente distintas de «entender» el oficio de historiador en nuestro tiempo: L. P. Curtis (ed.), *El taller del historiador*, México, 1975; F. Furet, *L'atelier de l'Histoire*, Paris, 1982.

³⁷ Cf. apdos. III y IV sobre el modelo/patrón.

³⁸ A pesar de la *Miseria...* ya citado, de Popper, algunas dudas persisten acerca de la diferencia entre una explicación en términos lógicos y otra en términos empíricos, cf. L. R. Perry, «The Covering Law Theory of historical Explanation», en Burston-Thompson (eds.), *Studies in the Nature...*, pp. 27 ss. Para una reflexión teórica sobre la historia resulta particularmente ilustrativo comparar los axiomas del conocimiento científico *sensu stricto* (cf. p. ej. M. Bunge, *La filosofía de la física*, Barcelona, 1978) con las posibilidades y limitaciones del conocimiento histórico-científico; las diferencias no son tan grandes como a veces se piensa. Cf. también nn. 42 y 92.

historia se suele predicar con el ejemplo realizando minuciosas investigaciones, recuperando paso a paso los eslabones perdidos del pasado. En historia además la crítica se ejerce habitualmente con hechos y rara vez las discusiones que en ella se plantean son algo más que la controvertida interpretación de un documento, de un proceso histórico concreto, de un fenómeno histórico determinado.

Que este modo de «hacer historia» sea o no científico es algo que apenas preocupa a la mayoría de los historiadores; la científicidad, según ellos, se mide por la importancia de los resultados y no por el método utilizado para conseguirlos. Hay pues dos actitudes diferentes de los historiadores ante la historia-ciencia, motivadas en buena medida por su personal actitud ante lo histórico.

Mientras algunos historiadores apenas se plantean cuestiones que desborden su campo particular de investigación, otros en cambio sienten la necesidad de legitimar los resultados³⁹ de forma similar a como proceden otras disciplinas del espectro científico, mediante verificación de hipótesis, validación de teorías u otras operaciones formales que la crítica historiográfica no dudaría en calificar de teóricas o metodológicas. Pero no sólo los teóricos de la ciencia consideran que el historiador no iniciado en la teoría cae inevitablemente en frecuentes falacias⁴⁰; sino también Finley advertía del peligro e incluso de la inducción a error por parte del historiador que no «reflexionara» sobre el valor empírico de las generalizaciones que a menudo utiliza en el proceso de investigación⁴¹. En ocasiones los resultados de las investigaciones históricas parecen desafiar las más elementales reglas de la lógica: una hipótesis basada en un supuesto (dato, hecho) falso no puede producir una conclusión verdadera mientras que de un supuesto verdadero no se sigue necesariamente que la conclusión lo sea. Cualquier historiador, no obstante, estaría autorizado por su experiencia en la investigación para hacer la reflexión siguiente:

Que la historia sea considerada o no ciencia es un hecho irrelevante para quienes, desde su particular concepción histórica, sostienen que el resultado de la investigación no cambiaría por el hecho de que éste se presentara «formalmente» como una producción científica; el trabajo será útil si sirve a la realización de posteriores investigaciones, más concretas o ambiciosas y mejor documentadas; resulta ocioso, por tanto, plantear la especificidad de objeto y método que, desde la teoría, define a una investigación histórica como «científica». Pero paradójicamente pocos de estos historiadores esta-

³⁹ L. Kofler, *Historia y dialéctica*, Buenos Aires, 1974; la problemática de las «leyes» en historia; C.-G. Heppel, «La explicación en la ciencia y en la historia», México, 1981; el uso de las generalizaciones, aun cuando las generalizaciones no sean leyes, implica que tales leyes existen; M. White, *op. cit.*, pp. 3 ss.; R. F. Atkinson, *op. cit.*, pp. 110 ss.; cf. también G. Bravo, «Los niveles...», *loc. cit.*

⁴⁰ D. H. Fischer, *Historian's Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, London, 1970: un valioso instrumento para la elaboración de la historia científica.

⁴¹ Finley, *op. cit.*, p. 93; los diferentes tipos de generalizaciones utilizadas por los historiadores; Holloway, *art. cit.*, pp. 3 ss.

rían dispuestos a considerar no-científicos los resultados de sus propias investigaciones, si por científico se entiende un conocimiento relativamente objetivo⁴². Tampoco es ya una función propia de la ciencia conocer la realidad *in toto* «tal como es» o «tal como fue», siguiendo el *dictum* de Ranke sino sólo explicar los aspectos esenciales de un segmento de la realidad (presente o pasada) acotada como objeto de conocimiento; explicación, por otra parte, sujeta a reglas y pruebas.

Por el contrario, quienes ven en la historia la necesidad de una reconstrucción del pasado en términos científicos precisan a menudo apelar a la coherencia del discurso explicativo con los hechos, que constituyen para ellos la «materia» —y no el objeto— de la investigación histórica, cualquiera que sea su nivel de configuración (acontecimientos, coyuntura, estructura) o su naturaleza (individuales o colectivos; particulares o institucionales) o el plano en que se manifiesten (políticos, económicos, ideológicos) en una sociedad histórica concreta⁴³. En estos casos la validez de la investigación dependería de los procedimientos que la ciencia histórica tiene a su alcance para «verificar» en lo posible la relativa objetividad de los hechos establecidos y la coherencia de las teorías formuladas. Probada la validez científica de los resultados no se cuestionará su utilidad. Pero la historia no debería limitarse a una verificación «durante» o después del análisis de las teorías propuestas; es función de la historiografía corroborar, completar, modificar o rechazar la teoría⁴⁵.

En general puede decirse que, si las conclusiones de una investigación suponen una aportación sustancial sobre un aspecto concreto o formal del

⁴² La ciencia como resultado de un proceso constructivo y progresivo de aproximación a la realidad en J. Monserrat, *Epistemología evolutiva y teoría de la ciencia*, Madrid, 1984, pp. 295-372; la posibilidad de conocimiento objetivo en la ciencia social, R. S. Rudner, *Filosofía de la ciencia social*, Madrid, 1973, pp. 117 ss.; y en historia: el exhaustivo estudio de D. Junker-P. Reisinger, «Was kann Objektivität in der Geschichtswissenschaft heissen, und wie ist sie möglich?», en Th. Schieder-K. Gräubig (eds.), *Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft*, Darmstadt, 1977, pp. 420-471; R. F. Atkinson, *op. cit.*, pp. 88 ss.

⁴³ Cf. P. Vilar, *Iniciación...*, p. 43; en contra de esta clasificación arbitraria G. Pereira, *art. cit.*, pp. 22 ss; pero la diferenciación entre «materia de investigación»=hechos y «objeto histórico»=dinámica de las sociedades, es decir, su explicación histórica, resulta útil para esclarecer posiciones metodológicas eclécticas, porque permitiría distinguir entre el objeto «instrumental» (materia=hechos) y el objeto «intencional» (dinámica=explicación) de los cambios históricos; la combinación de ambos *instrumenta* constituye en realidad el objeto científico propiamente dicho y, por tanto, el objeto de la historia-ciencia, cf. A. J. Pérez Amuchastegui, *Algo más sobre la historia. Teoría y metodología de la investigación histórica*, Buenos Aires, 1982, pp. 98 ss. Salvo que se entienda por «objeto» los datos-hechos en estricto sentido positivista, la ciencia no parte —y tampoco la historia (antigua)— de hechos dados sino que «construye su objeto», mezcla de datos empíricos y del conocimiento intencional del investigador; para la diferencia entre «datos», «hechos» y «hechos históricos» sigue siendo válida la obra ya clásica de E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 1970, y por elementales que parezcan sus planteamientos no debería ser todavía archivada.

⁴⁴ M. M. Postan, *Fact and Relevance. Essays on historical Method*, Cambridge, 1971, espec. pp. 48 ss.

⁴⁵ Holloway, *art. cit.*, p. 19; A. Heller, *op. cit.*, *passim.*; un *exemplum* de desarrollo de la teoría en relación con la problemática histórica de la fiscalidad bajoimperial, G. Bravo, «El elemento económico de la "cuestión social" tardorromana. Problemas metodológicos», *Actas de II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia*, Cáceres, 1984, pp. 9-20.

análisis histórico, dicha investigación se impondrá por sí sola, aunque a menudo mucho después de que tales tesis fueran propuestas. En cambio, si la investigación no aportara nada nuevo, aunque el trabajo esté formalmente bien construido, dejará pronto de ser útil y acabará cuestionándose su validez científica en el futuro. En tales circunstancias cabe siempre la posibilidad de pensar con Bloch⁴⁶ que tal vez el destino de una obra histórica es que sea superada y que las cuestiones planteadas en ella pierdan pronto actualidad reemplazadas por otras nuevas, que habrá que ir resolviendo con rigor y con cautela.

SEGUNDA CUESTION: ¿POR QUÉ HISTORIA (ANTIGUA)?

II. La disciplina: ¿Historia o ciencia de la Antigüedad?

Habiendo llegado a este punto conviene ya plantear las cuestiones en términos de estricta disciplina: 1) si la problemática de la H. A. se incluye en la problemática de la investigación histórica; 2) si el modelo/patrón de investigación es diferente en HA que en otras disciplinas históricas. La respuesta no es fácil ni única; exige optar por la especificidad científica de su objeto y método así como precisar claramente su función en el contexto de las ciencias de la Antigüedad.

En este sentido, la expresión parentética utilizada arriba en el título adquiere un significado propio, deja fuera de toda duda nuestra posición al respecto: la HA, en cuanto ciencia, no puede asimilarse por las características de su objeto de investigación a las ciencias de la Antigüedad; en cuanto disciplina, la Historia Antigua tampoco puede ubicarse entre ellas, puesto que en tal caso su estatuto científico se ligaría a un ámbito no específicamente histórico.

Ya hace algunos años, P. Levêque, en una conocida entrevista⁴⁷ llamaba la atención sobre algo que tiene todavía plena vigencia. Pensaba Levêque que, a pesar del carácter específico de sus fuentes (escritas y arqueológicas) cuyo aprovechamiento requiere un alto nivel de especialización, la Historia Antigua exige algo más que el indispensable conocimiento del latín y del griego: una formación histórica de base, que permita avanzar en el difícil análisis de estructuras, mediante una metodología histórica fundamentada en criterios científicos con los que interrogar a las fuentes⁴⁸. E incluso más. El carácter pluridimensional de los textos-fuente⁴⁹ obliga además al historiador de la Antigüedad a adquirir conocimientos más que básicos de literatura, lingüística, antropología, arqueología, sociología, economía, etc. Pero tampoco los problemas metodológicos que se plantean al historiador de la

⁴⁶ *Annales*, 1933, p. 375. Cf. ahora las «Observaciones de método» en la introducción a *La sociedad rural francesa*, Barcelona, 1978, pp. 27 ss.

⁴⁷ P. Levêque, *cit.*, pp. 85-112.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 86-87.

⁴⁹ *Le document: Elements critiques*, *Annales*, septiembre-diciembre, 1982.

Antigüedad: son; en principio diferentes de los que tienen los de épocas modernas y, por tanto, su solución tiene validez recíproca⁵⁰. En dos aspectos al menos la Historia Antigua puede incluso contribuir al discurso historiográfico general: el tratamiento de fuentes; la dimensión histórica de los problemas:

Fuentes de diversa naturaleza y a menudo fragmentarias obligan al historiador de la Antigüedad a un esfuerzo de reflexión positiva, no para completar las lagunas de los datos con teorías o métodos sino precisamente para medir las consecuencias de las hipótesis que ante su presencia o ausencia se formulan. El historiador de la Antigüedad, como el de cualquier otra época histórica, utiliza a lo largo del proceso de investigación hipótesis heurísticas, hermenéuticas o explicativas, sin que, como observa Finley⁵¹, se haya verificado hasta el momento la frecuencia con que lo hace. Sin embargo es presumible que la formulación de hipótesis en Historia Antigua sea incluso más frecuente que en ninguna otra disciplina histórica para resolver los problemas que plantea una documentación lacónica. También la calidad de los testimonios o fiabilidad de la información es desigual. Ello exige a menudo completar la crítica externa (autenticidad) e interna (fiabilidad) del texto con la prueba de concurrencia de fuentes de diversa naturaleza; si la convergencia es total no se suele dudar de la fiabilidad del testimonio. Pero en algunos casos, en que la información proviene unilateralmente de un mismo tipo de fuente es preciso preguntarse al texto no qué dice sino qué oculta e incluso qué pretende decir u ocultar⁵².

Por otra parte el análisis histórico de la Antigüedad aporta luz sobre algunos problemas teóricos, no específicos de la Historia Antigua, necesarios para comprender la dimensión histórica de tales problemas: el sentido continuo o discontinuo de la evolución sociohistórica; la formación de conceptos históricos básicos: clase, estatus, estado, o de categorías analíticas usadas con frecuencia por los historiadores: inflación, crisis, transición, revolución y, en general, los esquemas de desarrollo de las sociedades llamadas precapitalistas.

En consecuencia por «histórico» se entiende aquí el ámbito de las transformaciones sociales en un doble sentido; en cuanto que las transformaciones históricas, con independencia del plano en que virtualmente se manifiesten (político, económico, ideológico), se operan siempre en el seno de una estructura social concreta; en cuanto que el objeto de la historia-ciencia no son los hechos —que es su materia de investigación— sino la explicación de los cambios históricos (por tanto, sociales) en términos evolutivos o revolucionarios⁵³.

⁵⁰ Finley, *cit.*, p. 113; F. Hartog, «Histoire Ancienne et Histoire», *Annales*, 1982, p. 693.

⁵¹ Finley, *cit.*, p. 105.

⁵² Una aplicación de este criterio a la crítica textual: G. Bravo, «Acta Bagaudica I. Sobre quiénes eran bagaudas y su posible identificación en los textos tardíos», *Gerión* II, 1984, pp. 251-264.

⁵³ Cf. R. A. Nisbet, *Cambio social e Historia. Aspectos de la teoría occidental del desarrollo*, Barcelona, 1976.

Para esta opción resulta irrelevante la problemática aplicación de métodos y modelos de investigación histórica que suele plantearse en Historia Antigua. Que la masa documental sea insuficiente para elaborar «series», como suele ocurrir en Historia Antigua a diferencia de otras disciplinas históricas, no contradice sino que más bien corrobora el hecho de que, cualquiera que sea el nivel de reconstrucción histórica⁵⁴ siempre es posible modificarla críticamente con la incorporación de nuevos datos, por vía documental, o mediante la correspondiente revisión de las teorías establecidas, por vía interpretativa; porque es evidente que las grandes teorías que jalonan el discurso historiográfico no han surgido *ex nihilo* sino siempre como consecuencia del perfeccionamiento de las técnicas heurísticas o como la incorporación a la investigación histórica de nuevos instrumentos analíticos (métodos, esquemas, modelos) exigidos por un desarrollo de las teorías vigentes⁵⁵.

En este sentido es significativa la cuestión definicional de la disciplina planteada recientemente por Pleket: «Historia Antigua: ancienne ou de l'histoire»⁵⁶. En efecto, la Historia Antigua ha estado sometida a un fuerte «aislamiento filológico» que ha impedido aprovechar los avances producidos en las corrientes históricas modernas. La cuestión es, entonces, cómo modernizar la Historia Antigua de forma satisfactoria. Pleket propone una vía doble que sería preciso combinar. De un lado, el estudio de las inscripciones como única vía posible para la elaboración de «une methode serieelle»⁵⁷, es decir, de características modernas; de otro lado, la colaboración entre los historiadores de las sociedades pre-industriales a fin de descubrir y explicar las constelaciones históricas en toda su dimensión⁵⁸. La primera vía es discutible como «única» a pesar de los indudables logros llevados a cabo por los partidarios del «método cuantificador»⁵⁹; la segunda es por el momento una utopía racional, que pretende superar los estrechos marcos (académicos) de la Historia Antigua, vinculada más con las ciencias de la Antigüedad (filología clásica, arqueología, epigrafía, numismática, etc.) que con otras áreas de conocimiento histórico (historia medieval, historia moderna, historia contemporánea). Es decir, se trataría de consolidar su *locus* científico sin renunciar por ello a su *locus* institucional.

Pero la solución a esta incómoda posición de nuestra disciplina, al ocupar un *locus* institucional que no se corresponde a su estatuto científico, no hay que buscarla fuera de la Historia Antigua, por dos razones: una, que la situación (académica) internacional no es homogénea, dos, que la vinculación de la Historia Antigua con el bloque «ciencias de la antigüedad» es más estrecha en unos países que en otros.

⁵⁴ G. Bravo, «Los niveles...», *cit.*

⁵⁵ Cf. *supra*, n. 45.

⁵⁶ H. Pleket, «Histoire ancienne: ancienne ou de l'histoire?», en *L'Histoire et ses Methodes*, Lille, 1980, pp. 217 ss.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 221.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 221 y 227.

⁵⁹ G. Alföldy, *Gerión I*, 1983, pp. 47-48 y n. 24.

Una solución interna a estas razonables incertidumbres radica en la renovación de la problemática histórica de la Antigüedad y en la propuesta de un modelo de investigación que proporcione resultados satisfactorios. Asumiendo la ingente producción historiográfica actual, dicha renovación consistiría básicamente en la incorporación de los resultados de investigaciones concretas al esbozo teórico y a los planteamientos metodológicos propuestos para el estudio de las sociedades antiguas, mejorando el rigor científico de las investigaciones y abriendo nuevas vías y posibilidades de análisis histórico⁶⁰. De este modo la «teoría» puede ser corroborada, desarrollada, modificada o rechazada mediante los resultados de análisis históricos concretos. Las diversas interpretaciones sobre la naturaleza de la crisis del siglo III d. C. o el sentido que deba darse al carácter «revolucionario» de la transición al mundo medieval⁶¹ ilustran con claridad la eficacia de este tipo de planteamientos.

Con su maestría habitual, G. Alföldy ha recogido también estas preocupaciones básicas del ambiente historiográfico actual y ha dejado de nuevo⁶² sobre la mesa del historiador de la Antigüedad «viejas» y «nuevas» cuestiones. Alföldy se hace eco de una situación que, de ser cierta, situaría a la Historia Antigua en el límite de la historia-ciencia o en el umbral de la historia propiamente dicha, a saber: «capacidad raquíctica para la reflexión, pobreza teórica, carencia de modelos e insuficiencias de método» respecto de otras «ciencias» históricas⁶³. Pero afortunadamente esta visión es poco realista. ¿De dónde provienen, entonces, estas dudas razonables? El aparente pesimismo que tal impresión conlleva no se justifica con estadísticas porcentuales extraídas de repertorios bibliográficos de «teoría de la historia»⁶⁴ sino que seguramente tiene raíces más profundas. No se trata sólo de preguntarse si «el esfuerzo teórico —en Historia Antigua— merece realmente la pena»⁶⁵, a la vista de los resultados «nada novedosos» del modelo utilizado por K. Hopkins⁶⁶. El tratamiento de estos problemas requiere mayor precisión. Convendría preguntarse también acerca de qué reflexión, de qué teoría, de qué modelos, de qué métodos es deficitaria la Historia Antigua, que, en cambio, su utilización no plantea problemas a otras

⁶⁰ M. Clavel-F. Favory, «Problématique scientifique et théorie des sociétés de l'Antiquité», *La Pensée* 192 (1977), pp. 95-116 (espec. pp. 105 ss.) y G. Bravo, «Sociedades antiguas y modelos analíticos», *II Congreso de Teoría...*, Oviedo, 1984, pp. 537 ss.

⁶¹ Una puesta a punto sobre esta cuestión, G. Bravo, «La relativa importancia de los conflictos sociales tardorromanos en relación con los diferentes esquemas de transición», *Klio* 65 (1983), pp. 383-398.

⁶² G. Alföldy, «Der Sinn der Alten Geschichte», en *Probleme der Geschichtswissenschaft*, Düsseldorf, 1973, pp. 28-54. Allí se plantea una serie de cuestiones que aún no están resueltas: la historia antigua como ciencia: ¿a la vez ciencia histórica y ciencia de la antigüedad?; límites y posibilidades del conocimiento teórico en Historia Antigua: ¿fuentes, método y enfoque histórico?; la Historia Antigua como ciencia histórica: ¿sujeto y objeto?; la función histórica de la Historia Antigua: ¿un modelo alternativo?

⁶³ *Gerión* I, 1983, p. 41.

⁶⁴ *Ibidem*, n. 8.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 53.

⁶⁶ Cf. *infra* apdo. III.

disciplinas históricas, salvo que se ubique a la Historia Antigua en el grupo de las «*Altertumswissenschaften*»⁶⁷ en vez de considerarla lo que estatutivamente es, es decir, un área específica de conocimiento de la historia-ciencia. Las dudas surgen cuando se pretende trasladar al análisis histórico real las convenciones teóricamente aceptadas. Que los estados, sociedades y economías, desde el mundo antiguo al pasado histórico reciente, se han transformado cuantitativa y cualitativamente es una evidencia empírica. Pero que los métodos de investigación, operativos para la explicación y comprensión de sociedades históricas posteriores, sean inadecuados para el conocimiento de las sociedades antiguas es, en todo caso, una evidencia historiográfica y como tal cuestionable desde las diversas ópticas metodológicas.

Al contrario, una actitud de optimismo razonable ante la tendencia *in crescendo* de las reflexiones teóricas sobre la problemática histórica e historiográfica del mundo antiguo⁶⁸ estaría igualmente justificada, aparte el hecho significativo de que, en cuanto Historia (Antigua), el tratamiento de las cuestiones teóricas en obras generales sobre «teoría de la historia», que con frecuencia utilizan *exempla* extraídos de la problemática antigua para ilustrar los problemas heurísticos, hermenéuticos y explicativos que plantea la investigación histórica⁶⁹, constituyen también un elemento de referencia para el historiador de la Antigüedad.

Pero no hay que olvidar que muchas de las cuestiones planteadas hoy a la ciencia histórica son «viejas» cuestiones, cuyo origen se remonta incluso a lo que se ha llamado el «nacimiento de la historia»⁷⁰. El historiador familiariza-

⁶⁷ Decir que la Historia Antigua «por su objeto de estudio pertenece a las ciencias de la antigüedad y por su planteamiento a las ciencias históricas» (*Ibidem*, p. 41) induce al equivoco, puesto que no queda claro su específico carácter histórico: ni en la delimitación de su objeto ni en la especificidad de su método. ¿Por qué, entonces, «planteamiento»? Este podría distinguir *grosso modo* a unas ciencias de otras, pero la delimitación de campos científicos se establece en base a la utilización de métodos específicos; además, mientras que el planteamiento es una operación mental previa al análisis concreto, el método se realiza como aplicación de una teoría —no «exterior», desde nuestro «modo» de hacer la historia [cf. apdo. IV (D)] — al análisis histórico. Sin embargo, una metodología pragmática elaborada a tenor de los hechos se concreta en un método particular de investigación, que cada historiador organiza conforme a los materiales que tenga a su disposición. Pero dicha «metodología» no parte en realidad de hechos dados sino de su establecimiento, que en cuanto «construcción» depende estrechamente de un particular concepto de historia y de la forma en que se vincule la teoría con la praxis, mediante el instrumental analítico y explicativo de la investigación histórica: hipótesis, métodos, esquemas, modelos.

⁶⁸ Aparte de los trabajos teóricos de los historiadores de la Antigüedad antes citados, cf. p. ej. Ch. G. Starr, «The Roman Place in History», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 1, 1, 1972, pp. 3 ss.

⁶⁹ Véase en general Ch. Samaran (ed.), *L'Histoire et ses Methodes*, París, 1961, con colaboraciones de H. I. Marrou (teoría); J. Bottero (investigación); R. Bloch (arqueología); J. Babelon (numismática); J. Metman (sigilografía); P.-M. Duval (arqueología antigua); L. Robert (epigrafía); A. Bataille (papirología); J. Richard (criptografía); Ph. Wolff (sociedades preestadísticas) y R. Marichal (crítica de textos); además: P. Salmon, *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, Barcelona, 1972, *passim*; G. Novack, *Para comprender la historia*, Buenos Aires, 1975, pp. 17 ss.; G. Dhoquois, *En favor de la historia*, Barcelona, 1977, pp. 41-113; R. Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, Madrid, 1962, pp. 91 ss.; K. Löwick, *El sentido de la historia*, Madrid, 1973, pp. 197 ss.; R. A. Nisbet, *op. cit.*, pp. 3 ss.

⁷⁰ F. Chatelet, *El nacimiento de la historia. la formación del pensamiento historiador en Grecia*, 1 y 2, Madrid, 1978; J. T. Shotwell, *La historia de la historia en el mundo antiguo*, Madrid, 1982.

do con los textos de la Antigüedad Clásica sabe de la preocupación obsesiva de Tucídides por fijar «las verdades», de los problemas de método planteados por Polibio, del oportunismo y pragmatismo de los escritores de la Analística romana, del utilitarismo de la historia como *magistra vitae* de Cicerón, de las lucubraciones satíricas de Luciano sobre «cómo debe escribirse la historia» o de la justificación del esquematismo narrativo de Amiano Marcelino bajo un lema que debería ser tenido en cuenta todavía por no pocos historiadores: «*non omnia narratu digna sunt*»⁷¹. Es cierto que muchos de estos problemas «teóricos» se planteaban básicamente a nivel heurístico en un mundo que a duras penas distinguía la historia de la poesía, de la retórica, de la política, de la moral, de la apologética, o de la biografía. No es éste lugar para desarrollar con la extensión debida estos aspectos, por otra parte, bien conocidos. Pero sí para argumentar sobre este simple botón de muestra que no son precisamente milenios de pensamiento lo que nos separa de aquellos «investigadores» (*historia*: investigación, encuesta) que adelantándose a los tópicos historiográficos modernos «hacían historia contemporánea» narrando un pasado «vivido» u «oído» de testigos presenciales de los hechos o, en todo caso, basado en testimonios relativamente próximos a los acontecimientos. La diferencia entre aquella historia y la historiografía moderna estriba sin embargo en un concepto científico de la investigación. En consecuencia, si la Historia Antigua pretende consolidarse como ciencia (histórica) superando el marco de una «narrativa documentada» más o menos rigurosa y objetiva que *grosso modo* la define⁷² tiene que trascender su particular utillaje disciplinario, referido en realidad a una problemática heurística, y abstraer de la realidad historiográfica un «modelo» de investigación operativo, es decir, capaz de incorporar como instrumentos para el análisis de la problemática histórica de la Antigüedad *también* los avances producidos en otros campos científicos, históricos o no históricos. La condición para la validez de este argumento es que la utilidad de estos instrumentos en el análisis histórico (antiguo) debe ser *siempre* verificada, por lo que no importa demasiado que tales «teorías», hipótesis o modelos provengan de «fuera» de la Historia Antigua o incluso de la ciencia histórica⁷³, puesto que la actitud de la historia-ciencia en este proceso de recepción-integración no es pasiva en absoluto. Mientras la autonomía de campos metodológicos va desapareciendo progresivamente⁷⁴, la crítica historiográfica —aferrada a los hechos, a su

⁷¹ Cf. finalmente, E. Gabba, «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* 71 (1981), pp. 50 ss.

⁷² La expresión «narrativa documentada» recoge dos elementos básicos de toda obra histórica. Pero sobre esta base puede levantarse tanto lo que impropriamente se ha llamado «historia literaria» (así P. Vilar, *iniciación...*, p. 30; en contra G. Pereira, *cit.*, p. 18) como la «historia literaria propiamente dicha» (cf. R. Welek, *Historia literaria. Problemas y conceptos*, Barcelona, 1983, pp. 7 ss.); la primera se pretende basada exclusivamente en fuentes literarias, por lo que aquí el adjetivo tiene un contenido minusvalorativo; en la segunda el sustantivo «historia» podría ser sustituido por «crítica» o teoría sin modificar su contenido propio. Sobre narrativa histórica: M. White, *op. cit.*, 219 ss.

⁷³ Alföldy enfatiza sin embargo estas diferencias.

⁷⁴ Las especiales características de las fuentes (escritas y arqueológicas) de la Historia

análisis y explicación— pone a prueba una y otra vez los «avances» propiciados por el desarrollo de la teoría o por el perfeccionamiento de las técnicas de investigación. En cierto sentido podría decirse que la crítica histórica es más receptiva ante la «novedad» de los resultados que ante la propuesta de nuevas vías de investigación mediante planteamientos teóricos o metodológicos.

TERCERA CUESTION: ¿UN MODELO DE INVESTIGACION?

III. La propuesta de un modelo/patrón

Las incertidumbres acerca del *locus* científico que debe corresponder a la Historia Antigua se explican en parte debido a la falta de un modelo de investigación que proporcione resultados satisfactorios. Hace ya algunos años en la historiografía se ha sentido la necesidad de un «modelo nuevo», aunque no tanto para incorporar los nuevos descubrimientos —cuyo valor inicialmente siempre es discutible— cuanto para integrar en él los conocimientos existentes en el campo de la investigación económica y social⁷⁵. Pero la aceptación universal de un modelo histórico es una *petitio* del historiador y en cierto modo un contrasentido desde el punto de vista historiográfico; su función es servir de *paradigma*⁷⁶ a un determinado sector de la historiografía que se identifica con el «modo» de entender/hacer/escribir la historia propuesta por el modelo. En cuanto construcción abstracta y simplificada de la realidad histórica en estudio, todo modelo histórico remite a una teoría y trata de responder a una determinada concepción de la ciencia histórica⁷⁷. Aplicado a la investigación de una determinada disciplina, si el modelo pierde sus connotaciones formales, se convierte en un «patrón» o programa

Antigua ha propiciado en los últimos años un debate interno entre los historiadores de la antigüedad y los especialistas de disciplinas próximas o afines a la Historia Antigua: cf. un resumen de la polémica en M. Mazza, «Marxismo e storia antica. Note sulla storiografia marxista in italia», *Studi Storici*, 1976, 2, pp. 113 ss., y la recensión crítica de R. Peroni a la obra de A. Carandini, *Archeologia e cultura materiale* (Bari, 1975), en *Dialoghi di Archeologia*, 1976-1977, pp. 648 ss.

⁷⁵ A. Momigliano, «Linee per una valutazione della storiografia del quindicennio 1961-976», *Sesto Contributo...*, p. 387.

⁷⁶ Th. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975, p. 271, define el paradigma como «“aquello” que los miembros de una comunidad científica comparten». Convendría preguntarse, no obstante, si las ciencias sociales —y en concreto la historia— participan de este tipo de paradigmas universales o si, por el contrario, lo que caracteriza la estructura de estas ciencias es en todo caso un conjunto de ¿paradigmas? diferenciados por grupos o escuelas. Sin embargo es difícil creer que la historia-ciencia pueda construirse sin ¿paradigmas?, puesto que las formas de descripción y explicación están condicionadas por ellos, cf. Von Whright, *op. cit.*, p. 172, n. 12.

⁷⁷ Cf. G. Pereira, «Alguns problemas de la investigació en historia antiga», *Fonaments I* (1978), pp. 43-62, rico en sugerencias, pero sin ninguna referencia bibliográfica o documental. Una clasificación de los modelos utilizados por los historiadores: D. H. Fischer, *op. cit.*, pp. 100 ss.

de investigación⁷⁸ que se plantea como estrategia de una determinada línea de investigación. La aceptación, por tanto, depende estrechamente de su operatividad en un determinado tipo de análisis histórico. Un modelo, como un método o el resultado de la investigación es válido si es útil —y esta afirmación alcanza también al «marxismo como método»⁷⁹—, si hace progresar nuestro conocimiento histórico en algún sentido, pero es inútil en caso contrario.

G. Alföldy en *Gerión*, I, 1983 ha establecido las líneas de fuerza por las que, con no pocas dificultades, avanza nuestro conocimiento sobre los hechos históricos de la Antigüedad. De acuerdo o no con su particular visión de los problemas, no hay duda de que la problemática esbozada por el profesor de Heidelberg es compartida por no pocos profesionales de la Historia Antigua, pero seguramente no por todos, sobre todo por aquellos que no se identifican con la trayectoria de investigación propuesta para comprender el fenómeno histórico de la Antigüedad. De las muchas cuestiones suscitadas allí, una es central; gira en torno a la utilidad o no de las teorías y modelos «ajenos» a las ciencias históricas⁸⁰. Alföldy se alinea entre los «conservadores» («... sin mucha teoría y con una forma de trabajar muy apegada a las fuentes...»⁸¹ en la controversia suscitada por la aparición en 1977 del *The Emperor* de F. Millar, que en Inglaterra originó la polémica Finley-Hopkins versus Syme-Millar⁸². Alföldy centra su argumento en la crítica del *Conquerors*, 1978, de Hopkins, y avanza la discusión en un punto importante. No se trata sólo de optar por subordinarse a las fuentes del pasado e intentar verlo como los antiguos lo vieron (Millar) o bien comprender el mundo romano con conceptos que nos son propios (Hopkins) sino también de probar la eficacia de otras opciones metodológicas basadas en el uso de modelos en obras como la de Hopkins que «apenas constituye novedad alguna con respecto a lo que

⁷⁸ Compárese, p. ej., R. Günther, *Alte Geschichte in Studium und Unterricht*, Stuttgart, 1978, con W. Eckermann *et alii* (eds.), *Einführung in das Studium der Geschichte*, Berlin, 1979, donde la «Alte Geschichte» queda integrada en la problemática común de la «Geschichtswissenschaft».

⁷⁹ Esta idea ha sido recientemente divulgada por los trabajos teóricos de E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 (contra Althusser y su grupo); pero cf. una revisión crítica a Thompson en G. Lennan, «E. P. Thompson and the discipline of historical context», *Making Histories...*, pp. 96 ss., 135 y 139. Un planteamiento general en P. Vilar, «El método histórico», en *Althusser, método histórico e historicismo*, Barcelona, 1972, pp. 7-24, y A. J. Pla, *La historia y su método*, Barcelona, 1980, pp. 16 ss.

⁸⁰ Cf. *supra* nn. 73 y 77. Las diversas denominaciones utilizadas por Alföldy al referirse a «modelos», casi nunca coincidentes, hacen difícil saber a qué tipo de modelo se refiere realmente el texto, p. ej.: desde «modelo» (p. 52) como ejemplo a seguir, a «modelos heurísticos» (p. 53), pasando por: modelo «lógico» (p. 44); modelo «general» (p. 47); modelo «ordenador» (p. 47); modelo «de investigación» (p. 49); modelo «teórico» (p. 50); modelo «explicativo teórico» (p. 50); modelo «abstracto» (p. 51) y modelo «teórico de investigación» (p. 52). Todo ello para proponernos en realidad un «modelo» adecuado al objeto que en vez de ser expresión formalizada de una teoría (modelo teórico) o servir para verificarla en el análisis (modelo analítico y modelo explicativo) se desprenda de las fuentes, cuyo aprovechamiento nos permite conocer los hechos; es decir, un modelo heurístico.

⁸¹ *Ibidem*, p. 53.

⁸² Un estado de la cuestión a la obra citada de Millar en G. Galsterer, *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, 232 (1982, pp. 82 ss.

se sabía»⁸³. Pero la argumentación podría ser diferente si se repara en el objetivo expuesto por Hopkins en el prólogo: «intento de análisis de una estructura social cambiante»..., «intento de aplicación de determinados conceptos y técnicas sociológicas modernas a la historia romana»⁸⁴. Digamos entonces que la «verificación» del análisis arroja un balance negativo. Pero para ello sería preciso discutir también los resultados de capítulos concretos como el precio de los esclavos y sus implicaciones⁸⁵. La impresión podría ser diferente. Digamos entonces que el trabajo de Hopkins, como tantos otros, se inscribe en una línea de investigación distinta, no compartida por todos, pero que es la línea de historiadores receptivos a los métodos e instrumentos de análisis ensayados con eficacia en el ámbito de las ciencias sociales como Momigliano en Italia, Finley entre los anglo-americanos o Ch. Meier en Alemania Federal⁸⁶.

En definitiva, la identificación con un modo de entender/hacer/escribir la historia (antigua) es necesaria pero difícil de establecer en nuestro complejo panorama historiográfico.

Veamos finalmente la alternativa propuesta por Alföldy en el artículo de referencia. A pesar de que toda investigación, máxime tratándose de una reflexión sobre ella misma, es susceptible de diversas «lecturas» e interpretaciones resulta esclarecedor formalizar el análisis y los contenidos de la misma a fin de inferir de ella la teoría, modelo o patrón que la subyace. Los principios (a) que inspiran el modelo/patrón propuesto implican la aceptación de otra serie de principios que aquí se expresan como contrapartidas (b). Los primeros son en realidad constataciones del historiador extraídas de su experiencia en el mundo de la investigación; los segundos, en cambio, son críticas a otras posiciones personales o de escuela, es decir, crítica historiográfica y reflexión teórica. Reducida la problemática a tres bloques de cuestiones: (I) Sobre fuentes; (II) sobre método y (III) sobre enfoque histórico, el modelo/patrón estaría basado en los siguientes principios:

A. Principios⁸⁷

(I)-(a): Una actitud de confianza ante las fuentes, extrayendo *de ellas* y no «fuera» o «al margen» de ellas un modelo adecuado al objeto (pp. 43 y 47).

(I)-(b): La teoría es independiente del *objeto* de investigación (pp. 50, 53, 57).

⁸³ Alföldy, *cit.*, p. 53 y n. 42.

⁸⁴ K. Hopkins, *Conquistadores y esclavos*, Barcelona, 1981, pp. 5 y 7.

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 189 ss. Un dato importante: M. I. Finley, autoridad reconocida en esta materia (cf. recientemente, su *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, 1982), criticó, según el autor «con cuidado y agudeza» el manuscrito (*ibidem*, p. 8).

⁸⁶ Ch. Meier, «Fragen und Thesen zu einer Theorie historischer Prozesse», en *Theorie der Geschichte Bd. 2*, München, 1978, pp. 7-66.

⁸⁷ El subrayado es nuestro; las páginas corresponden al artículo citado en el texto.

(II)-(a): Un método *directamente* dependiente de las fuentes que permita hacer un uso adecuado de los datos y conduzca a resultados *satisfactorios* (pp. 47, 53, 57).

(II)-(b): Los datos no pueden ser *reemplazados* o completados por los métodos o la teoría (pp. 54 ss.).

(III)-(a): Las *respuestas* del historiador a sus preguntas no están en la teoría o concepción histórica sino en las fuentes (p. 55).

(III)-(b): La objetividad se mide por el *avance* del conocimiento y comprensión del hecho histórico (p. 60).

Es evidente que la mayoría de los historiadores (de la antigüedad) suscribiría los principios (a) aquí formulados, pero muchos de ellos no aceptarían *sensu stricto* las contrapartidas (b) del modelo. Si la «lectura» formalizada arriba es correcta, el análisis debe proseguir en el sentido de descubrir a qué concepto de historia-ciencia trata de responder. Los principios y contrapartidas (a/b) que conforman un modelo/patrón como éste constituyen la base de un cuestionario previo que podría formularse así:

B. Cuestionario básico

(I)-(a/b): 1. ¿Cuál es la base del conocimiento histórico? 2. ¿Qué modelo elegir? 3. ¿La teoría depende del objeto de investigación?

(II)-(a/b): 1. ¿Qué método permite un mejor aprovechamiento de los datos? 2. ¿Cómo llegar a resultados satisfactorios? 3. ¿Qué método utilizar?

(III)-(a/b): 1. ¿Dónde están las respuestas? 2. ¿Qué teoría o concepción histórica? 3. ¿Cómo objetivar los resultados de la investigación? 4. ¿Cuál es el objetivo del conocimiento histórico?

A la vista de este cuestionario básico y conforme a los *principios* arriba señalados la *aplicación* del modelo propuesto se expresa en esta combinación de parámetros y correlaciones:

C. Aplicación

El conocimiento histórico basado en fuentes (A), trabajadas mediante un método distinto para cada problemática (B), permite responder satisfactoriamente a las preguntas planteadas por el historiador (C) sin necesidad de una teoría independiente del objeto de investigación (D), y además comprender el fenómeno histórico de la Antigüedad (E) mediante un modelo adecuado al objeto (F) que conduzca a resultados objetivos con el mayor aprovechamiento posible de los datos (G), que signifiquen un avance real de la investigación (H).

En relación con las cuestiones teóricas tratadas anteriormente cabe hacer a este modelo/patrón las puntualizaciones siguientes, a fin de explicitar algunas de las proposiciones expuestas y enriquecer o modificar su contenido.

D. Puntualizaciones

A. El conocimiento histórico está basado en fuentes, pero no exclusivamente en ellas, porque el proceso de investigación histórica conlleva una serie de operaciones mentales que «producen» también conocimiento al permitirnos avanzar en la explicación-comprensión de los hechos: formulación de preguntas e hipótesis; descodificación de los datos; interpretación de datos y hechos; generalizaciones⁸⁸.

B. Si la especificidad se refiere al objeto de investigación, es una evidencia científica; cada ciencia tiene una teoría, un objeto y un método específicos. Pero si, como se deduce del contexto, la especificidad pretende distinguir problemáticas históricas incluso dentro del mismo área de conocimiento histórico, la «combinación de métodos distintos» sugerida como una mayor aproximación a la realidad⁸⁹ frente a las concepciones metodológicas unidimensionales tiene el inconveniente de encontrar un modelo/patrón capaz de integrar de forma coherente a todos ellos. Además, la expresión Historia (antigua) salva una posible concepción metodológica pluridimensional que distinguiera áreas, problemáticas y métodos correspondientes: ciencia histórica antigua, ciencia histórica medieval, etc.

C. Entre los positivistas y empiristas existe la creencia firme de que la respuesta está siempre en el documento. Recientemente Finley ha dado una «respuesta» mucho más prudente en este sentido: «les documents eux-mêmes ne posent pas de questions, quoique, parfois, ils fournissent des réponses»⁹⁰. La importancia de aceptar *in toto* esta proposición del modelo radica en que la problemática histórica es en buena medida un cuestionario de preguntas y respuestas. Es evidente que las preguntas del historiador varían según su particular concepto de historia; dichas preguntas extraen por tanto respuestas diferentes de un mismo documento. Si estas respuestas hacen cambiar el contenido y orientación de las preguntas, la discusión versará entonces en términos de adecuación y satisfacción de preguntas y respuestas respectivamente.

D. Conviene distinguir entre «materia» de investigación o «hechos» y

⁸⁸ Cf. Topolsky, *Metodología de la historia*, Madrid, 1982, pp. 308 ss., 317 ss., y C. F. S. Cardoso, *op. cit.*, p. 141. La descodificación podría comenzar por las propias fuentes (*infra*, n. 95). Pero nuestro conocimiento histórico no se modifica necesariamente al «comprobar» si las nuevas fuentes aportan nuevos datos para la investigación, sino al «verificar» en el análisis la utilidad de la hipótesis —no de las fuentes— basada en ellos. La verificación, por tanto, en historia (antigua) es una operación formal, dado que no es posible verificar empíricamente lo real-histórico, salvo que consideremos las fuentes «directas» como fragmentos de la realidad pasada en vez de testimonios (in)mediatos del pasado real, cuyo aprovechamiento nos permite acceder a una reconstrucción histórica de aquella realidad (cf. G. Bravo, «Los niveles...», loc. cit.); A. Beaufre, *La nature de l'histoire*, París, 1974, p. 29, lo ha expresado claramente: «entre l'histoire réelle et l'histoire écrite, s'interpose l'homme réel»; el conocimiento y aprovechamiento de las fuentes es sin duda indispensable para un historiador, porque sin ellas no podría establecer los hechos ni proyectar sobre ellos la teoría para explicar-comprender su significado histórico.

⁸⁹ Alföldy, *cit.*, p. 54.

⁹⁰ M. I. Finley, «Le document et l'histoire économique de l'Antiquité», *Annales*, 1982, p. 711.

«objeto» de investigación histórica o «explicación de los hechos». En ninguna de ambas acepciones sin embargo es totalmente comprensible esta idea. En historia (antigua) la «teoría» es inseparable de los «hechos» que le sirven de base, puesto que de otro modo la explicación de éstos no tendría sentido. Si la teoría se refiere como «independiente» de los hechos, dicha teoría no será histórica; pero si se refiere al objeto o explicación como «independiente» no será «teoría» en términos científicos.

E. La comprensión como objetivo de la investigación histórica va más allá de la simple explicación científica⁹¹. Pero difícilmente se podrían comprender los fenómenos si previamente no se logran explicar de forma satisfactoria, a menos que se identifique, como lo hacían Ranke o Collingwood, el *qué ocurrió* con *por qué ocurrió*⁹². La respuesta a «por qué ocurrió» no se agota en una descripción circunstanciada (cuándo, cómo, dónde, quién) sino que exige establecer el nexo que liga a un elemento con su conjunto, a un conjunto con otros más amplios y así sucesivamente.

F. Este se opone al modelo lógico o abstracto o teórico: independiente del objeto o «exterior» a él. La frecuente referencia a modelos de denominaciones distintas⁹³ induce a pensar que esta proposición lleve implícita la idea de «patrón» de investigación. Pero todo modelo es una simplificación de la realidad; no pretende abarcarla sino hacerla inteligible. En este sentido es también un instrumento analítico, elaborado como abstracción de la realidad en estudio⁹⁴ y en función de un determinado concepto de historia-ciencia.

G. Más que de resultados objetivos se trataría de resultados positivos o aceptados por un determinado sector de la comunidad historiográfica, ordinariamente aquel que se identifica con un determinado «modo» de entender/hacer/escribir la historia. Sería preciso igualmente indicar cómo los datos pueden ser mejor aprovechados. El aprovechamiento de los datos aportados por fuentes «directas» e «indirectas»⁹⁵ exige técnicas de manipulación distintas; es preciso realizar siempre una descodificación de las indirectas para que los testimonios puedan ser homologables y comparables.

H. Hay varias razones para pensar que el avance de nuestros conocimientos no depende *solamente* del mayor aprovechamiento de los datos o de

⁹¹ Del «wie es eigentlich gewesen» de Ranke al «Verstehen» de Droysen y a la comprensión empática de Weber o Dilthey hasta la «recreación del pasado en la mente» del historiador (Collingwood, *op. cit.*, p. 272; W. Dilthey, *El mundo histórico*, México, 1978) hay un largo recorrido epistemológico: cf. W. H. Walsh, *op. cit.*, pp. 52 ss.

⁹² La polémica sobre esta cuestión en P. Gardiner (ed.), *Theories of History*, New York, 1969, espec. W. Dray, «Explaining "what" in History», pp. 403-408.

⁹³ Cf. *supra*, n. 80.

⁹⁴ G. Bravo, «Sociedades antiguas y modelos analíticos», *loc. cit.*, *passim*; la diferencia entre «esquemas» y «modelos», en R. S. Rudner, *op. cit.*, pp. 54 ss.

⁹⁵ Cf. H. Seiffert, *op. cit.*, pp. 61 ss., diferencia entre f. «absichtlich» —con opinión o prejuicio— y «unabsichtlich» —sin ellos—. La descodificación de los datos podría comenzar por las propias fuentes, organizándolas según diversos criterios. R. Martin, «L'histoire sociale du monde romain antique: méthode et problèmes», en *L'Histoire Sociale. Sources et Methodes*, Paris, 1967, pp. 49 ss, propuso una clasificación de las «fuentes» económicas romanas del siglo III a. C. al II d. C. en base a la riqueza de sus autores (*ibidem*, p. 52), pero podrían establecerse otros criterios: ideología, mentalidad, etc.

la correcta utilización de un método de trabajo. Una de ellas —y no la menos importante— es que nuestro conocimiento acerca del pasado es necesariamente paralelo a nuestro desarrollo presente⁹⁶. La imparcialidad y objetividad que reclamamos de la comprensión del pasado viene a llenar un vacío en nuestro conocimiento del presente. Esta es la razón de por qué en historia (antigua) el *avance* de la investigación no se produce sólo por vía documental sino también por vía interpretativa o teórica. La investigación se reduce con frecuencia a un tratamiento del documento, que en algunas ocasiones no traspasa la fase heurística. Esta tendencia se ha llegado a convertir en hábito difícil de romper en el discurso historiográfico. Pero las reflexiones teóricas, marxistas y no-marxistas, son cada vez más frecuentes. La discusión de algunos problemas teóricos como la «transición» tardorromana⁹⁷ revela que no es tan importante una resolución satisfactoria —nunca compartida por todos— de los problemas planteados cuanto que queden abiertas nuevas vías de investigación, insospechadas tan sólo hace unas décadas.

Si la reflexión sobre todas estas cuestiones teóricas sirve para ayudar a desentrañar el complejo entramado que subyace bajo las aparentemente simples manifestaciones de la praxis historiográfica y para precisar como «históricos» ciertos problemas teóricos y metodológicos relativos al contenido de la Historia (Antigua) en cuanto historia-ciencia, podría decirse, acaso con un cierto optimismo, que el esfuerzo teórico habrá valido la pena.

⁹⁶ A. Momigliano, «Historicism...», pp. 24 y 29.

⁹⁷ Una revisión reciente de esta problemática en *Klio* 65 (1983): comunicaciones presentadas al III. Internationales Symposium zur Geschichte der Übergangszeit von der Sklavereigesellschaft zum Feudalismus, Leipzig, septiembre, 1982.

